

A un lado y a otro de la carretera aparecían salpicadas unas colinas descarnadas y solitarias como testigos permanentes de una erosión pertinaz e inmisericorde. Unas de estas estructuras tenían forma piramidal y otras recordaban a mesas estabularias. Probablemente el filósofo y escritor Samivel al ver, tiempos ha, estas construcciones geológicas pensó, como luego repetidamente se encargaría de afirmar, que las mastabas eran una reproducción de esas mesas geológicas y que las pirámides de Guiza eran en realidad macizas montañas construidas por gentes venidas de las Altas Tierras del sur para evocar las que de forma natural existían en sus territorios y que tenían una interpretación divina y mágica al ser las elevaciones más sobresalientes que unían el submundo, el territorios de los vivos y el cielo de los dioses. Y que la tumba, afirmaba Samivel, del que sería llamado posteriormente faraón era el lugar donde confluían esos tres mundos, generándose en ese punto crítico un manantial inagotable de energía benefactora que emergía por la cúspide de la pirámide/montaña y se resbalaba plácida y suavemente por las cuatro caras de caliza pulida hasta llegar y mojar la amplia base que constituía el conjunto más inferior de la estructura jerárquica de la población egipcia. Naturalmente las conjeturas de Samivel eran y son sustituidas por otras muchas hasta cerrar el libro de las hipótesis con el broche del desconocimiento y el misterio.